



OVACHO

TEXTO PARA EL VI SEMINARIO HISPANO PORTUGUÉS DE LA ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS. MONFORTINHO, 11 DE ABRIL DE 2008.

Quiero agradecerles la oportunidad que me dan con esta amable invitación de estrenarme en mi nueva responsabilidad como Copresidente del Foro Cívico Hispano Portugués. Se trata de una deferencia que han querido tener conmigo los dos primeros ministros en la pasada cumbre de Braga y que espero no defraudar. Estoy a la espera de saber quién me acompañará por parte portuguesa en esta aventura de relanzar el Foro, que había conocido altibajos en estos últimos años, pero cuya labor quiero comenzar poniendo en valor. Tanto Javier Herrero como Jardim Gonçalves fueron excelentes precursores de la actual etapa y espero estar a su altura en esta nueva que comienza.

Me han encargado ustedes que ilustre la cuestión de las regiones fronterizas en las relaciones con Portugal, un asunto cuyo conocimiento no es libresco en mi caso, puesto que se ha tratado de parte de mis responsabilidades como gobernante de Extremadura. Pero quiero hacerlo, si me permiten, conectándolo con esta cuestión de la copresidencia del Foro y haciendo una especie de declaración personal de principios, a la espera, claro está, de poder contrastar opiniones con mi partenaire luso.

Y para ello, nada mejor que tener muy claro el marco de referencia, tanto desde el punto de vista social como político. Porque a partir de ese "estado de la cuestión" inicial, será mucho más fácil encajar la reflexión sobre el papel de las regiones de frontera y sobre el papel del propio Foro.

Una primera constatación de la que es necesario partir es la del excelente momento en las relaciones entre ambos países, quizá uno de los mejores de toda nuestra larga historia común. Pero hay que distinguir las buenas relaciones institucionales de la densidad o la calidad del conocimiento o los intercambios entre ambas sociedades. Las obviamente buenas relaciones entre los gobiernos no implican por sí solas un paralelo clima en las relaciones sociales, culturales o económicas. Es más, es esa reiterada constatación del buen momento de las relaciones lo que puede cortocircuitar o anestesiar la excelente oportunidad que supone este preciso momento histórico para debatir, en el mejor clima, todas las cuestiones que hayan afectado, afecten o puedan afectar a nuestras relaciones peninsulares. Para enterrar fantasmas históricos, para anular prejuicios, para no dejar correr imágenes distorsionadas de uno y otro lado, para conocernos de verdad, para proponer planes estratégicos conjuntos, es este buen ambiente el que crea una oportunidad única durante los últimos siglos. No deben

bastarnos, pues, las consignas de fraternidad meramente retóricas del pasado, sino, como han hecho los gobiernos contemporáneos, ponernos también las sociedades a explorar todas las potencialidades de una cooperación leal y fructífera en todos los niveles y planos imaginables.

Subsisten problemas en nuestras relaciones, muchos de los cuales pueden encuadrarse bajo el concepto común de asimetría. Un concepto que no siempre hay que connotar negativamente, puesto que habrá entre nosotros asimetrías neutras y también asimetrías funcionales. Pero lo cierto es que también persisten asimetrías que debemos analizar y corregir en la medida de lo posible. Hay entre España y Portugal diferencias de escala obvias, como las geográficas o demográficas. Hay también diferencias en cuanto a la homogeneidad cultural o identitaria. Y las hay derivadas de la historia y de la geopolítica. Se trata de un campo de juego que hay que balizar y reconocer para, partiendo de esa realidad asimétrica, construir un futuro conjunto

Hay asimetrías informativas, de las cuales supongo que ustedes habrán hablado o hablarán; una gran atención en los medios portugueses por todo lo que pasa en España y una terca desatención de los medios españoles sobre la realidad portuguesa, sólo amortiguada por las excepciones gallega y extremeña. Y aquí podemos dejar caer ya una primera excepcionalidad en las regiones de frontera. También la atención española es asimétrica, intensa en las dos regiones citadas, mayor que la media en Castilla y León y Andalucía occidental, creciente en Asturias (un fenómeno que requerirá una explicación aparte), intermitente en Cataluña (aquí se mezclan cuestiones históricas y políticas diversas) y distraída en Madrid (de vez en cuando, con desgana y superficialidad). En el resto de España, Portugal es para los medios de comunicación una realidad tan exótica y distante como las Bahamas.

Mientras que en Portugal los creadores de opinión y las personas medianamente informadas siguen con atención y asiduidad cuanto pasa en España, y no sólo desde el punto de vista económico, desde Portugal lo que nos suele llegar a los españoles medios son tópicos simplificadores y visiones deformadas de una realidad mucho más compleja y mucho más rica en matices. Incluso para los españoles razonablemente informados, una espesa nata de bacalao y fado (por más que sean las nuevas fadistas de moda) oculta la realidad de nuestros vecinos.

La lectura que se hace desde Portugal de esa desatención es que forma parte del carácter orgulloso de los españoles, una herencia histórica; del actual clima económico español, como un reflejo del nuevo rico

*¿Cómo se puede
de pensar uno el hecho de
la presencia de este grupo
y se sabe si
está Portugal?*

*¿Cuál sería
el nivel de información
sobre España? No
a la inversa.*

displicente con sus vecinos más modestos, un defecto sobrevenido, pues. A esa visión responden chistes como definir el "ego" como "el españolito que todos llevamos dentro". Asuntos que afectaban a ambos países fueron un monumental escándalo en Portugal y pasaron completamente desapercibidos en España, como la agresión policial española a un diputado portugués en un control de frontera montado con motivo de la cumbre de Sevilla. Y sin embargo, otros asuntos decididamente menores, anecdóticos, sí pueden encontrar mejor eco en los medios españoles, sobre todo si confirman prejuicios recurrentes. Así lo señaló muy frontalmente el Presidente Sampaio en su visita de hace cuatro años, cuando recordó que los medios españoles prácticamente no prestan atención a la realidad portuguesa y, para colmo, cuando lo hacen es para hablar de asuntos menos gratos o que trasladan una imagen incompleta y que se acomoda a los peores tópicos.

Tampoco una mayor y mejor información por parte portuguesa de la realidad española consigue acabar del todo con los tópicos inversos, pero ese esfuerzo es innegable a poco que se sigan los medios de uno y otro lado. El problema del lado portugués es diferente, no es de desinformación, sino del uso de esa información más frecuente y más continua para fines menos santos. Me refiero al uso y al abuso de la comparación con España para criticar la propia realidad nacional lusa y a los sucesivos gobiernos, sean del partido que sean. Para subrayar las supuestas incompetencias, sumisiones o errores de sus gobernantes, o las propias carencias de la sociedad, lo que se hace es idealizar desmesuradamente la realidad española, que adquiere en ocasiones caracteres idílicos. Cuanto más alejado se dibuja el término de comparación, mejor se pueden censurar las no menos supuestas deficiencias del sistema político, económico o institucional propio. Esas proclamas periódicas que podemos leer en Portugal y que alimentan durante unos días estériles discusiones sobre iberismos u otros fantasmas en ambos países, esas invocaciones de la conveniencia de integrarse en España o en una Iberia mítica, no son en su mayoría sino provocaciones de personas inteligentes que intentan despertar a sus conciudadanos de un cierto sopor pesimista, pero desgraciadamente alimentan al tiempo tantos fantasmas históricos como potencias actuales pretenden desencadenar. Está por ver si el estímulo surte su efecto, pero parece claro que, entretanto, lo que puede erosionarse es la propia percepción portuguesa de España, traída a cuento sin haberlo querido ni buscado con unos caracteres de potencia y agresividad que están muchos grados por encima de la realidad. Y a partir de este punto psicológico, dos salidas históricas, la tentación de aislamiento del vecino peninsular, el salto sobre el yermo castellano para alcanzar la verdadera Europa evitando a toda costa el voraz agujero negro de Madrid, o un cierto neatlantismo

cultural que se predica vagamente en los últimos años y que propone confusas alianzas atlánticas. El caso es que esta exagerada exaltación gratuita de lo español, al mismo tiempo que arroja pesimismo sobre la percepción de los portugueses sobre su país, sirve para alimentar el temor a una pujanza hispana que, sin dejar de ser cierta, no es tampoco de la escala o de la peligrosidad con la que se la dibuja.

También existen asimetrías político-administrativas, nuestra diferente configuración regional, que se sienten sobre todo en las relaciones de frontera, en las que el nivel de interlocución política es muy diverso. Mientras España se ha descentralizado territorialmente de un modo profundo e irreversible, Portugal conoció en 1998 un rechazo en referéndum a un tímido intento de regionalización casi puramente administrativa. Es un fantasma mal enterrado que amenaza periódicamente con resucitar en la vida pública de Portugal, un país que a pesar de su carácter periférico difícilmente puede sustraerse a una corriente continental unidireccional desde mediados del pasado siglo, la descentralización del poder estatal. No será la portuguesa en cualquier caso una regionalización sobre patrones identitarios, como lo fue parcialmente la nuestra, porque su gran homogeneidad cultural es precisamente uno de los principales factores retardatarios del proceso. Pero podrá serlo sobre modelos tradicionalmente napoleónicos y de gran poder municipal, como el francés.

Pero los avances en las relaciones de estos últimos quince años demuestran que esa diferencia no ha sido un obstáculo para la profundización y extensión de las relaciones. El último peldaño de la normalización lo supuso la incorporación de las Comunidades Autónomas a las cumbres bilaterales de los dos gobiernos, que es una reivindicación que Extremadura había sostenido en solitario durante los años de gobierno de Aznar y que se admitió con toda la normalidad en la primera entrevista que tuve con Zapatero en la Moncloa (para que luego digan que el estado autonómico avanza siempre a impulsos de los nacionalistas).

Un asunto éste que causó en principio cierta perplejidad en Portugal, cuyo Gobierno tuvo que soportar críticas por admitir ese formato presuntamente disminuido, pero que la práctica ha normalizado en pocos años. Los gobiernos autonómicos somos perfectamente conscientes de la actual asimetría institucional, respetamos esa configuración política y nos adaptamos al trabajo tanto con los titulares de organismos descentralizados en las regiones de frontera como con los ministerios en Lisboa. Lo que esperamos es la misma comprensión para nuestro complejo sistema. No parece lógico que las tensiones territoriales españolas fueran usadas hace unos años como un espantajo para alimentar el voto de rechazo a la

regionalización, como el mal ejemplo para advertir dónde podría llegar Portugal con un regionalismo exacerbado, y al mismo tiempo pretender ignorar esa misma realidad española una vez conjurado el peligro regionalizador. La asimetría, o es asumida y tiene consecuencias en ambos lados, o no es tal, sino una deliberada estrategia de desigualdad.

La diferente configuración político-territorial es un problema absolutamente menor si el clima de relaciones es tan fructífero como viene siendo desde los ochenta. No hay un canon en este tipo de asuntos, no hay ortodoxos o heterodoxos, hay distintas historias, distintas tradiciones jurídicas, políticas o administrativas. Y con esa diversidad tenemos que convivir, trabajar y cooperar, pensando en la funcionalidad y en los problemas de la gente más que en simplistas equiparaciones puramente protocolarias o apriorismo nominalistas. Y haciendo una “pedagogía de la normalidad” sobre la cada vez más compleja red de relaciones políticas entre responsables públicos de uno y otro lado. Una “pedagogía de la normalidad” que sustituya a la tradicional “topografía de la desconfianza”.

Un ámbito potencialmente muy problemático es el de las relaciones económicas y su capacidad para impregnar el resto de las relaciones peninsulares. Esta contaminación economicista es patente en el panorama informativo, porque ocupa buena parte de las pocas (en España) o muchas (en Portugal) noticias sobre el otro país. Para los pocos sectores españoles interesados, acercarse a Portugal es acercarse desde el punto de vista de los negocios. Y también desde Portugal se contribuye a ello haciendo una lectura general de las relaciones que tiene más que ver con las estrategias de penetración de las empresas que con las relaciones exteriores con España en sentido estricto. España no es el conjunto de sus empresas, ni las empresas españolas son las embajadoras de España. Las empresas son embajadoras de sus propios intereses y no de un supuesto designio conjunto de origen político. Las empresas, ni las portuguesas ni las españolas, son camicaces políticos dispuestos a inmolarse y quebrar por una maquinación gubernamental. El patriotismo empresarial, esa quimera, no es la mayoría de las veces más que una estrategia más o menos sutil para protegerse de la competencia interponiendo una bandera entre sus intereses y el libre mercado.

Las lógicas enfrentadas pero falsas de la supuesta invasión española de Portugal, como algo sustancialmente diferente de la invasión de las empresas españolas y con ribetes políticos, y del supuesto proteccionismo español respecto de las empresas portuguesas, que no parecen apreciar en la misma medida sus competidores franceses o alemanes, son un círculo vicioso que hay que romper. Un mejor

conocimiento de la vertiente regional de nuestro mercado de obras públicas y una política decidida de hacer alianzas con empresas regionales del mismo tamaño, por ejemplo, sería de una gran utilidad para que esa impresión de chocar contra un muro madrileño desapareciera de las empresas portuguesas. Y del mismo modo, un poco de realismo y humildad a la hora de enfrentarse al mercado portugués, sólo aparentemente accesible, habría evitado muchos sonoros fracasos trufados de prepotencia y desconocimiento del nuevo medio. Llegar hablando sólo español y dando sonoras palmadas en la espalda entre risotadas no es la mejor tarjeta de presentación, desde luego.

Las relaciones entre España y Portugal deben ir mucho más allá de las relaciones entre sus mercados o empresas. La península es mucho más que un mercado, es también una sutil, todavía tenue y a veces desordenada trama de relaciones psicológicas, sociales, culturales e incluso sentimentales. Se trata de dos Estados, de los más viejos de Europa, con historias y culturas poderosas y pujantes, con sociedades muy vivas, con personas que quieren conocer y querer, y no sólo comprar y vender. Las relaciones económicas son importantes, qué duda cabe, pero si se crean y se sostienen sobre bases agusanadas por prejuicios, tópicos, desconocimientos y temores, pueden alejar más que acercar. Eso no quiere decir que debemos pedir a las empresas que dejen de seguir su lógica, sino que los demás agentes de la cooperación o de las relaciones debemos acompañar con agilidad esa gran movilidad e interpenetración económica, de modo que a su lado aparezca un mejor conocimiento del otro país con toda su rica complejidad.

Otra asimetría a explorar es la cultural o nacional, si así se prefiere. Portugal, ya se ha dicho, es culturalmente muy homogéneo y no tiene problemas identitarios ni en su conjunto ni en sus territorios. Mientras, España es un Estado que engloba realidades culturales o nacionales diversas cuyas relaciones a lo largo de la historia han pasado por todo tipo de avatares. Y ese es un estatus que debe ser preservado a toda costa. Del mismo modo que no entenderíamos que una profundización en las relaciones con Portugal debiera conllevar una erosión de los poderes regionales españoles, tampoco parece lógico que esas relaciones se vean observadas con la lente de las tensiones territoriales españolas. Y eso puede estar sucediendo de una forma lenta, callada, sin grandes declaraciones, sin grandes aspavientos, pero fijándose poco a poco en una parte de la opinión pública informada. Se trata de esas periódicas invitaciones sutiles que se hacen desde tribunas de opinión para que Portugal deje de considerar asunto ajeno las actuales tensiones territoriales españolas para que de un modo u otro se implique, para que figure en el tablero, aunque sea sin

pronunciarse, sólo estando. Los más atrevidos, que hablan de un completo realineamiento peninsular, predicán expresamente que Portugal puede y debe participar en este proyecto.

Hay una larga tradición militar y diplomática portuguesa, afortunadamente hoy muy minoritaria, que considera que cualquier cosa que debilite a España es algo bueno para Portugal. Que la península es políticamente muy desigual y que, si en vez de haber dos estados hubiera más, eso permitiría a Portugal ostentar un papel que hasta ahora le ha negado la diferente escala de ambos países. Superar la desigual pareja actual a costa de la partición del más grande, creando más interlocutores estatales en la península, puede ser un sueño legítimo. Lo es para los nacionalistas periféricos españoles y puede serlo para Portugal, pero en este segundo caso a condición de que no se contribuya de modo alguno a esa circunstancia. No se trata de que los independentistas catalanes escriban en los graffitis que la autonomía que quieren es la de Portugal, eso es una expresión gráfica de un deseo secesionista, que podría poner como ejemplo a Francia (¿o hay quizá una inconsciente minusvaloración de la estatalidad portuguesa?). Lo peligroso para las relaciones es la pretensión de algunos nacionalistas periféricos españoles de atraer a Portugal a la discusión sobre la configuración nacional de la península, a la que conciben como un espacio repleto de naciones sojuzgadas por una tan pérfida como finiquitada "Castilla". Es curioso señalar cómo esta idea histórica de la "Castilla" avasalladora subsiste con igual salud en el imaginario de los nacionalistas periféricos españoles como en el de algunos nacionalistas portugueses irredentos.

Un nebuloso nuevo marco de relaciones dentro de la península podría ser bueno, pero también podría ser malo para Portugal, podría ser menos seguro para su condición indiscutida e indiscutible de Estado nacional independiente. No parece que cambiar eso por algún tipo de confusa libre asociación tuviese ventajas objetivas para Portugal. Los sectores más esclarecidos de la intelectualidad y la política lusa insisten en que los empresarios y la sociedad en general deben hacer el esfuerzo de entender que España es un país, no sólo más grande, sino también más complejo y diverso que Portugal, que no se pueden aplicar los propios estándares a esta realidad vecina, que hay que introducir el factor regional en cada análisis que se haga. También desde las regiones fronterizas españolas se insiste en esta perspectiva. Y esa visión más completa conviene extraordinariamente a nuestras relaciones peninsulares. Pero nunca hay que confundir este plano con esas invitaciones para que Portugal examine, participe o actúe en nuestras tensiones nacionales españolas, algo que podría ser letal para el actual clima de excelentes relaciones de

cooperación en todos los niveles. Ninguna debilidad de mi socio ibérico me interesa estratégicamente, ni las tensiones territoriales españolas ni las debilidades económicas portuguesas, esas son cartas con las que no se juega en una relación leal. Estas relaciones deben basarse en la transparencia, la lealtad y una clara visión de cooperación estratégica.

Y este es a grandes rasgos el marco en el que tenemos que operar todas las instancias, entidades o instituciones encargadas desde cualquier perspectiva de las relaciones o la cooperación con Portugal. Conociendo esas asimetrías, potenciando las que sean funcionales y limando las asperezas que creen las que no lo sean, pero recordando siempre que estamos en un momento histórico de excelentes relaciones, un momento que tenemos que aprovechar para dar un impulso definitivo a nuestras relaciones tanto en cantidad como en calidad.

Las cumbres bilaterales de ambos gobiernos muestran ese panorama poco conflictivo. La agenda intergubernamental es sobre todo una agenda de cooperación y en muy escasos momentos de conflicto. Bien resuelta la cuestión del agua, que ha sido en realidad el último gran asunto problemático entre ambos países, las cumbres lo son para la creación de nuevos sistemas de relación, de cooperación, de intercambio de información y de prestación común de servicios, pero en muy poca medida para la resolución de conflictos profundos. El hecho de que las multas a los coches de los trabajadores españoles en Portugal acaparara tanta atención mediática indica bien a las claras la pequeñez de nuestros conflictos, sobre todo comparados con otras épocas históricas, incluso recientes.

Y de esta situación tenemos que sacar dos tipos de conclusiones. La primera es que las agendas de las cumbres van a ser llenadas, ya lo están siendo, por los asuntos de cooperación que a ellas llevan las Comunidades Autónomas. Por una mera cuestión de competencias. Si casi todas las competencias materiales o sectoriales están encargadas a las Comunidades Autónomas, lo lógico es que sean éstas las que deseen ratificar sus líneas de cooperación en esas cumbres oficiales. No se puede hablar de compartir servicios sanitarios, de planes de enseñanza del portugués, de comunicaciones viarias o de puentes fronterizos, de sanidad animal, etc. sin contar con las titulares de esos asuntos, que son los gobiernos autonómicos. Y ya hay sobrados ejemplos de esto. Sin ir más lejos, la Junta de Extremadura va a traer hasta aquí mismo, hasta Monfortinho una autovía que sale desde Navalmoral y pasa por Plasencia y por Coria. Y hemos llevado ese asunto a las tres últimas cumbres, porque esta vía tiene todo su sentido, no sólo para articular el norte de Cáceres, sino para crear por aquí otro pasillo entre Lisboa y Madrid, por cierto que será el pasillo más corto

entre las dos capitales. O la cuestión del cierre de las maternidades en el interior de Portugal y la paralela apertura de los servicios de maternidad de la sanidad extremeña a las portuguesas que lo deseen por cercanía, que deben haber sido ya más de trescientos partos. O la cuestión del calendario de vacunas o del traslado de cadáveres.